

NECROLÓGICAS

Fernando Salmerón

El 31 de mayo de este año 1997, fallecía el doctor Fernando Salmerón. Durante los dos últimos años tuve el honor de trabajar con él en el Proyecto de Investigación, “Recuperación de fuentes del exilio filosófico español”, patrocinado por nuestro Ministerio de Educación, para recuperar así la herencia de los filósofos que, tras la guerra civil, tuvieron que salir de España. Nadie mejor que Salmerón para participar en ese Proyecto en el que han colaborado el Archivo Histórico Nacional, el Instituto de Filosofía del CSIC, la Universidad Complutense y la UNAM de México. Él tuvo contacto directo personal con muchos de los filósofos españoles exiliados: García Bacca, Roces, Nicol, pero sobre todo, fue discípulo de José Gaos. Estaba encargado de revisar su Archivo personal y de llevar a cabo la publicación de sus *Obras Completas*, de las que en el último año se han publicado dos volúmenes: el VIII, sobre Filosofía en México, y el IV, sobre Filosofía Moderna, “De Descartes a Marx”. Desgraciadamente, no llegó a ver publicado el último.

Fernando Salmerón había aceptado ser Socio de Honor de la Asociación de Hispanismo Filosófico. Dentro del conjunto de su obra quisiera destacar algunos de los aspectos por lo que los Filósofos hispanistas estamos en deuda con él.

Dirigida por Gaos, realizó su tesis doctoral en 1959 sobre las *Mocedades de Ortega*, pero, como él mismo confesaba, cuando la terminó, ya no estaba de acuerdo con su propio trabajo. Sus miras filosóficas iban por derroteros bien distintos del historicismo existencialista. Su siguiente libro, *La filosofía y las actitudes morales* es diferente, entroncado con la filosofía analítica, con la que se había familiarizado y a la que había adoptado como método. Insistimos que, como método, porque la preocupación ética aprendida junto a Gaos, no desaparece jamás, y constituye, precisamente, el motivo principal de su filosofar.

En dos sentidos cumplía Salmerón el diagnóstico de Gaos sobre los filósofos en lengua española, como especialmente preocupados por la filosofía práctica. Uno, plasmado en sus libros *Ensayos filosóficos* y *Enseñanza y filosofía*, reflexiona sobre los puntos comunes entre la filosofía y la vida de nuestros países. El otro podríamos llamarlo de gestión de la filosofía: Salmerón ocupó desde muy joven puestos de responsabilidad académica institucional en su país. Fue un jovencísimo Director de la recién creada Facultad de Filosofía de la universidad de Xalapa, y más tarde Rector de esa misma universidad, además de otros múltiples cargos posteriores.

Un último aspecto quiero recordar en esta breve Nota. Es su papel de trabajador de la comunidad filosófica iberoamericana. Tanto a título personal como institucional, Salmerón fue un incansable animador de la idea, tan gaosiana, de la comunidad filosófica de lengua española. Era miembro del Consejo de la monumental Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía; pero, uniendo la labor institucional con la personal,

era, sobre todo, amigo de la gran mayoría de los filósofos de habla española. Por ello, cuando en diciembre de 1995 se le tributó un Homenaje al cumplir sus 70 años, se reunieron alrededor de él en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, figuras tan prestigiosas como Ernesto Garzón Valdés, Osvaldo Guariglia, Ezequiel de Olaso, Francisco Miró Quesada entre otras muchas.

Teresa Rodríguez de Lecea

Luis Díez del Corral

Cuando pusimos en marcha el año 1988 nuestra Asociación de Hispanismo Filosófico, estábamos necesitados de un reconocimiento público que sólo podía provenir de aquellos intelectuales que, no sólo estuviesen acreditados por un prestigio, sino que compartiesen con nosotros afinidades metodológicas y científicas. Uno de los primeros nombres que entonces se nos ocurrieron, para arropar nuestro trabajo en la incipiente Asociación, fue el de Luis Díez del Corral, catedrático de Historia de las Ideas Políticas en la Universidad Complutense, quien de inmediato -y tras su entusiasta aceptación- pasó a formar parte de nuestros “Socios de Honor”.

Como es sabido, la Historia de las Ideas es el componente distintivo más caracterizado de nuestra metodología como historiadores de la filosofía y el pensamiento español, de aquí que Díez del Corral apareciese desde el primer momento como uno de los maestros indiscutibles e inspiradores de nuestro trabajo. Así lo acreditan sus libros: *El liberalismo doctrinario* (1945), *La función del mito clásico en la literatura contemporánea* (1957), *Velázquez, la Monarquía e Italia* (1979) y *El pensamiento político de Tocqueville* (1989). Todos ellos son obras maestras de su quehacer intelectual, aunque quizá la más representativa de su autor sea *El rapto de Europa* (1953), donde se manifiesta como un europeísta consumado, que defiende con sólidos argumentos la tradición europea de España. En este libro se ponen de manifiesto también las dotes de escritor de su autor, que se destaca por el estilo claro y mesurado, lo que ya había demostrado en *Mallorca* (1942), uno de sus libros primerizos que le valió el Premio nacional de Literatura.

Luis Díez del Corral había nacido en Logroño en 1911 y estudió las carreras de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Madrid. Después amplió sus estudios en Alemania, con sendas estancias en Berlín y en Friburgo; a su regreso a España consiguió la cátedra de Historia de las Ideas Políticas en la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense. Su prestigio le hizo acreedor de numerosos premios y distinciones: miembro de las Reales Academias de la Historia, de Bellas Artes, de San Fernando y de las Ciencias Morales y Políticas, que dirigió entre los años 1984 y 1990. En 1980 fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de La Sorbona en París; en 1987 se le concedió la medalla al Mérito Europeo; y en 1988 alcanzó el galardón más importante al concedérsele el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales.

Como persona, Díez del Corral se ha caracterizado por la discreción, la modestia, la honestidad y la elegancia. Los honores a que antes me he referido no fueron buscados afanosamente por él; le vinieron de forma natural y espontánea por sus muchos méritos, pero nunca los ostentó como motivo de vanagloria. Fue un trabajador honesto de la inteligencia, enamorado del saber y curioso de las culturas, que le llevó a meterse en campos muy variados, dando a su actividad intelectual un carácter altamente

polifacético. Quizá la mejor definición que podemos hacer es la que él dio de sí mismo en 1996, al concedérsele el Premio Menéndez Pelayo: “Me lo habrán concedido porque he tenido cierta honradez, un deseo de conocer muchas cosas, de meterme en todas partes. Nunca me he considerado un erudito, sino más bien un liberal humanista”.

Al morir el 7 de abril de 1998, hemos perdido uno de los valores de la cultura española, que supo mantener un nivel de dignidad durante los duros años de la dictadura franquista. Es verdad que nunca elevó la voz, pero sin duda eso no estaba entre las facetas de su carácter. Nosotros -es decir, la Asociación de Hispanismo Filosófico- tenemos que agradecerle el que con su nombre amparara nuestros primeros pasos en el ancho y difícil campo de la filosofía en español.

José Luis Abellán

Oreste Macrì: coscienza critica del Novecento Europeo

Un ammirato sgomento per la quantità e la qualità del sapere, per la tensione e l'impegno scientifico ed etico, insieme alla consapevolezza di essere al inizio di un appassionante e duratura avventura intellettuale accompagnano chi si accosti all'immane opera critica di Oreste Macrì. Professore emerito dell'Università di Firenze, ove ha insegnato Lingua e letteratura spagnola dal 1952 al 1983, Macrì è stato italianista, ispanista, francesista, comparatista di livello europeo. Tra i fondatori della terza generazione poetica novecentesca più comunemente nota col nome di ermetismo (tra i cui rappresentanti poeti come Luzi, Bigongiari, Parronchi, Gatto, Bodini, o narratori quali Landolfi, Bilenchi...) ha saputo sempre unire la passione e gli umori del critico militante, il demone tutto generazionale per la traduzione, con il rigore del filologo, del metricista. La sua stessa vocazione critica, nata dall'interesse per la linea romantico-simbolista e della scoperta della poesia del grande Novecento europeo, si è subito nutrita dell'esigenza di un rigoroso, accanito lavoro di interpretazione sui testi, da studiare, nel rispetto delle radici umane e culturali, nei rapporti con la tradizione e nelle determinanti componenti semantiche, foniche, ritmiche. Dal '34 ad oggi si sono svolte, con una coerenza rara anche nel migliore mondo intellettuale, le ragioni e i risultati di pertinaci scelte critiche, di confermate predilezioni di lettura, mentre hanno continuato ad arricchirsi e nutrirsi delle scoperte successive le prime giovanili, geniali intuizioni, le ferme proposizioni di un metodo non strutturato, le suggestioni di teorie tanto funzionali quanto mobili e discrete.

A volerne sinteticamente ripercorrere il tracciato se ne scoprirà il nascere all'insegna della militanza (militanza come vocazione invincibile, segno di una mai dimessa radicazione esistenziale al proprio tempo), in anni nei quali le collaborazioni erano affidate, più che a libri, ad articoli di giornale, a fondi di impegno civile e politico. Sarà Kafka a dare l'avvio, nel '34; poi quel Vico sul quale Macrì si laureò, a Firenze, richiamandosi poi sempre ai suoi "bestioni" a alla *Scienza nuova* come a un'intuizione capitale per la cultura italiana e europea. Nel 1938, ad appena venticinque anni, Macrì collabora con i periodici più importanti e significativi dell'anteguerra, scrive sui compagni di generazione o sui loro maestri (fondamentale la sua idea che le generazioni nell'atto stesso dell'autoriconoscimento si inventano e scelgono i padri). Lui, a quella generazione di qui era stato confondatore e compagno, e al nucleo di rivolta di quel movimento, sarebbe rimasto sempre strenuamente fedele, sottolineando le ragioni e radici religiose e esistenziali, umane e lariche, ontologiche e metafisiche che avevano guidato l'elezione della poesia. Lungo la linea romantica simbolista aperta in Italia dal Vico, l'ermetismo come singolare 'avanguardia' gli si era posto fin dall'inizio nella continuazione della grande tradizione europea di Herder, Hamann, Hölderlin, Novalis, Hugo, Nerval, Baudelaire, Mallarmé, Bécquer e nella proiezione moderna

dell'amicizia generazionale della quale gli offriva luminoso esempio e guida la poesia spagnola del Novecento.

Fondamentale e profetico nel campo degli studi di italianistica per la stessa successiva evoluzione degli autori il suo *Esemplari del sentimento politico contemporaneo* che spicca nel precocissimo 1941 (un libro mitico per intere generazioni di novecentisti); gli sarebbero seguiti, a raccogliere articoli meditati nel tempo, *Caratteri e figure della poesia italiana contemporanea* nel 1956, *Realtà del simbolo* nel 1968 e unna quantità innumerevole di saggi sempre sottilmente iscritti nella forza di quella realtà del simbolo fattasi semre più "vita della parola" (questo il titolo complessivo dell'ultima trilogia, di cui sono già apparsi il primo e secondo volume: *Studi su Ungaretti e poeti coevi*; *Studi montaliani*; mentre è in corso di stampa il terzo: *Da Betocchi a Tentori*), ricerca e invero, in ogni dettato poetico individuale fortemente e biograficamente motivato, dei motivi larici, degli archetipi, di quelle che avrebbe teorizzato come le quattro radici della poesia.

In questa linea, e nella cercata ricostruzione della mente dell'autore attraverso lo studio puntuale del testo (attraversato ogni volta in diacronia e sincronia), i suoi studi su Foscolo e su Manzoni (proiettati in direzione comparatista), su D'Annunzio, Onofri, Ungaretti, Rebora, Montale, Quasimodo, Betocchi, Gatto, Landolfi, Pratolini, Bigongiari, le sue edizioni complete delle opere di Fallacare, di Bodini. Alle quali si sono affiancate quelle degli autori del Novecento spagnolo (l'edizione dei *Canti gitani e andalusi* di Lorca, dell' *Opera poetica* di Jorge Guillén, quella monumentale delle *Obras completas* di Antonio Machado) mentre la poesia spagnola sarebbe stata conosciuta in Italia a partire degli anni 50 attraverso le molteplici e sempre aggiornate edizioni della sua *Poesia spagnola del Novecento*. E ancora in ambito ispanico i suoi studi sul Quattrocento e sul *siglo de oro*, culminati nell'edizione di Herrera e di Fri Luis de León, nonché in zona otto-novecentesca l'edizione delle *Rime* di Bécquer e dell' *Oceanografia del tedio* di D'Ors.

Nel campo degli studi francesi da ricordare almeno il commento e traduzione alle *Figlie del fuoco* di Nerval e la fondamentale edizione del *Cimitero marino* di Paul Valéry, in un libro che, dell'opera di Valéry, in un commento mirabile per acutezza e dottrina, studia i lontani archetipi, i legami autobiografici, le fonti/suggestioni culturali, con l'obiettivo di creare una grande partitura ove la musica e parola del *Cimitero marino* si rispondono in diacronia e sincronia, in una fusione totale di significante e significato. Analogo a questo per la messa in gioco dell'intero scibile metodologico, tecnico, culturale dell'Occidente umanistico, il volume di *Studi montaliani*, ove poesia e filosofia, scepse e fede, demonismo e animismo, musica e *sprung rhythm* servono a ricostruire le linee della motivazione totale del significato poetico, radicato ogni volta a un significato nutrito non solo dell'investimento semantico della lingua ma della forza interna del pensiero.

Una profonda conoscenza della filosofia (un *animus* propriamente filosofico) accompagnava Macrì nelle sue analisi, così come lo affiancava l'interesse acuto per la psicanalisi, soprattutto junghiana e kleiniana. Un suo saggio: *L'arte nella psicologia*

di Jung con un risguardo al Vico, sarebbe stato, nel 1943, il primo intervento in Italia sull'argomento. D'altronde Macrì ha sempre puntato nei suoi studi non solo alla conoscenza di un'autore o di un'opera, ma al rinvenimento delle motivazioni e pulsioni che l'hanno portata ad esistere, e alla ricostruzione (attraverso l'insieme di analisi puntuali) dei miti umani e letterari, delle poetiche di autori e periodi storici (fossero il Rinascimento, il Manierismo, la modernità). Certo che poi il Novecento gli si faceva cifra di tutto (del presente e del passato; cose si deve a ogni critica integrale, che voglia sfondare i limiti della temporalità), visto com'era dall'osservatorio privilegiato di una generazione (critica e poetica) che aveva vissuto in integrità e fedeltà totale l'equivalenza proposta fin dagli anni giovanili tra vita e letteratura, esistenza e poesia. Il suo Novecento, tra metafisica e coscienza, nell'ossessione della purezza e della gnosi, è stato come pochi sensibile ai percorsi dell'ontologia, capace di sentire e rispondere alle istanze del sacro. E, giova aggiungerlo, sempre con grande generosità. Il suo sforzo dinanzi agli autori non era mai quello di giudicare, ma quello di capire: maggiori e minori a collaborare, al di là di ogni impossibile, crociana gerarchia di valori, per costruire momenti determinanti per la storia della ragione o dell'eresia nella poesia occidentale.

Ma quand'anche, turbati dalla notizia della sua scomparsa (avvenuta a Firenze, lo scorso 14 febbraio, appena compiuti i suoi ottantacinque anni) si tenti di accennare a tutto questo, ci sembra che il nucleo più vero del suo insegnamento non si sia ancora individuato appieno, giacché nei suoi scritti (che fan parte di quei pochi da cui si continua a imparare nel tempo, di quei rari che giova tornare a rileggere) hanno peso anche altri elementi più sfumati e nascosti che, al di là dei risultati scientifici sull'oggetto, ci dicono qualcosa del soggetto, dell'autore del libro, rivelandone (tramite le predilezioni, il linguaggio, i miti...) la grandezza e l'umiltà, il rigore e la vocazione didattica, la capacità di comunicare e la sottile ironia. A chi le legga anche con questa attenzione, le sue opere (come quelle degli scrittori che ha amato) rivelano elementi essenziali del vissuto (le amicizie, gli incontri...); ed ecco allora che improvvisamente le corrispondenze si infittiscono, e ogni scritto (già importante di per sé, per lo studio di autori e testi) si inserisce in un dialogo serrato con gli altri, quasi a farne tasselli di un panorama ben più generale. A risultarne è la forte urgenza categoriale di una *mens* critico-filosofica che si è 'addannata' (giusto per usare una parola a lui cara) a indagare gli investimenti simbolici dell'intenzionalità umana: *Erlebnis* e storia, simbolo e azione, vita e poesia.

E così, partiti dal Novecento, al Novecento si torna. È sul nostro secolo che il vissuto del critico, dei suoi interlocutori, protagonisti dell'opera, si gioca più che altrove; la geografia areale, le dimore vitali tendono a calarsi in una storia che ancora si può fare, che è ancora *in fieri*. Una storia che mescola, anche per il nostro Macrì, per questo maestro a cui tanto dobbiamo e a cui tanto abbiamo amato, il pubblico e il privato, rivelando accanto al rigore degli studi quanto può suggerire la vena (recentemente svelata al pubblico attraverso le sue *Prose del malumore*) di un narratore paradossale e ironico, amaro e scherzoso, capace di sdegni e di umanissima *pietas*.

“Maravilloso Macri, exegeta impar” di poeti, “grande Oreste Macri”: così l’ha ricordato nell’*Arboleda perdida* il grande poeta Rafael Alberti, ritornando con la memoria a qualche loro incontro (ma non si scordi che Macri è stato amico, tra gli spagnoli, anche di Jorge Guillén, Diego, Alonso, Cano, Valverde, Crespo...). Verso questo “maravilloso arcángel” (ed uso ancora un’espressione di Alberti) la cultura italiana e ispanica hanno (e continueranno a lungo ad avere) un forte debito di riconoscenza e gratitudine.

Anna Dolfi